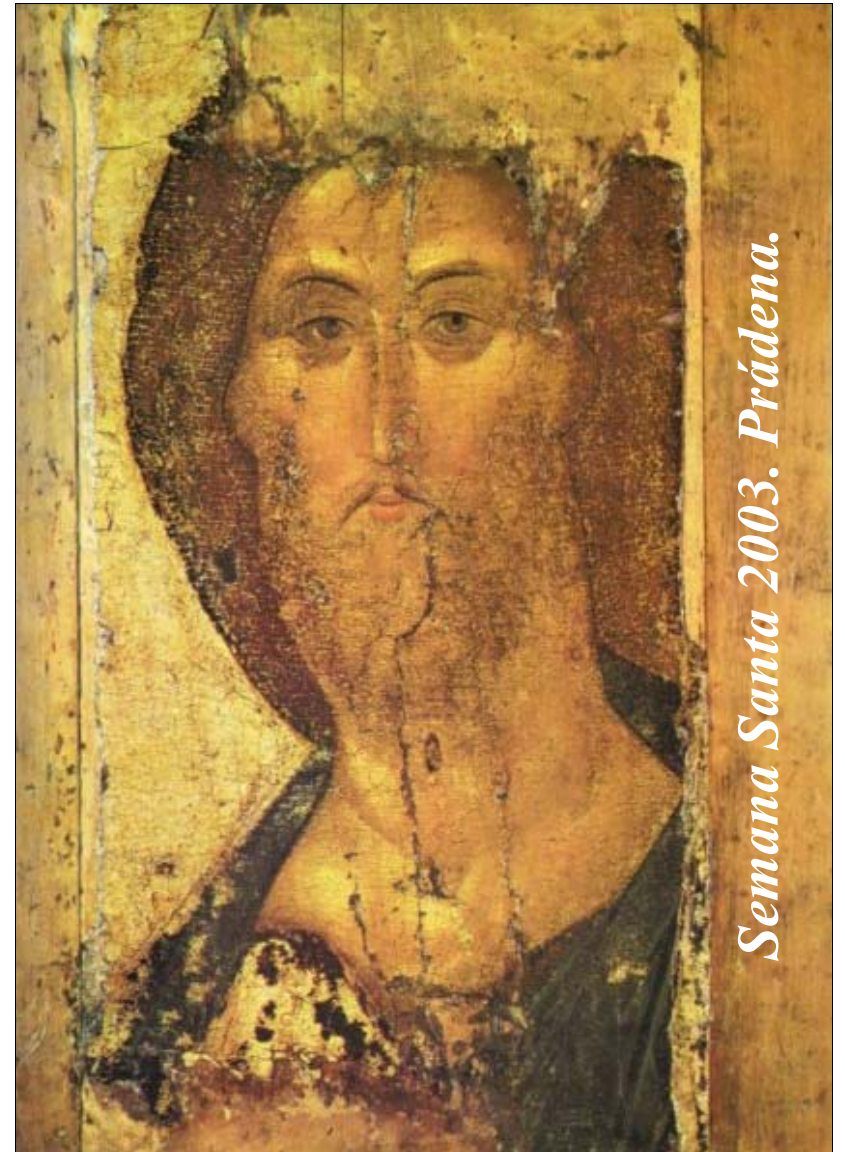


Misioneros
Claretianos



La fuerza de AMAR

ralítico y con grandes dolores, la fe del ciego Bartimeo que le pedía a gritos que tuviera piedad de él y la fe de la hemorroisa que tocó el borde de la túnica.

Aquel que ve incesantemente la ilimitada bondad de Dios vino al mundo, lo vio destrozado por el pecado del hombre y se movió de compasión. Los mismos ojos que ven el corazón de Dios vieron los sufrimientos del corazón del pueblo de Dios y lloraron (Jn 11, 36). Estos ojos, que queman como llamas de fuego penetrando la interioridad del mismo Dios, contienen también océanos de lágrimas de dolor de los hombres de todos los tiempos y lugares Este es el secreto de los ojos del Cristo de Andrew Rublev.

Conclusión

Mirar al Cristo de Rublev es un acontecimiento profundo. A través de las ruinas del mundo, vemos el rostro luminoso de Jesús, un rostro al que ni la violencia, la destrucción o la guerra pueden eliminar del todo. Vemos cómo su afable humanidad nos pide dejar a un lado nuestros miedos y acercarnos a él con confianza y amor. Vemos sus ojos, unos ojos que penetran, no sólo la interioridad del mismo Dios, sino la inmensidad del sufrimiento humano a través de toda la historia. Si contemplamos así a Cristo, él nos conduce al corazón de Dios al mismo tiempo que nos acerca al corazón de todo lo que es humano. Es un acontecimiento sagrado en el que la contemplación y la compasión son una misma cosa, y en el que nos preparamos para contemplar la vida eterna.

Él está presente en muchos lugares mirando y buscando nuestra mirada; para aquél que le busca de verdad el mundo y las cosas están llenos de su presencia... pero ¡tantas veces su presencia está tan dañada como el icono de El Salvador!

Cada Pascua Cristo quiere renovar su presencia en nuestras vidas y en la vida del mundo entero. ¡Dejémonos mirar por Él!; ¡quiere construir su rostro en nosotros!; ¡quiere hacer que miremos a los demás como Él nos mira!: con infinito AMOR.

El por qué de un título y un icono

está viendo al Padre...
¿no crees que yo estoy con el Padre
y el Padre conmigo? (Jn 14, 8-10).

Jesús es la revelación total de Dios, “la imagen del Dios invisible” (Col 1, 15). Al mirar a Jesús a los ojos sentimos satisfecha nuestra más profunda aspiración.

Es difícil comprender este misterio, pero tenemos que intentar percibir cómo los ojos de la Palabra encarnada abrazan con su mirada todo lo que hay que ver. Los ojos del Cristo de Rublev son los ojos del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios descrito en el Apocalipsis. Son como llamas de fuego que penetran el misterio de lo divino. Son los ojos de aquel cuya cara es como el sol que brilla con todo su esplendor, y que es conocido con el nombre de Palabra de Dios (Ap 1, 14; 2, 18; 1, 16; 19,12-13). Son los ojos de aquel que es “luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, uno con el Padre... a través del cual todo fue hecho” (credo de Nicea). Es la luz por quien todo fue hecho. Es la luz del primer día cuando Dios habló de la luz y la separó de las tinieblas y vio que era bueno (Gén 1, 3). Es también la luz del nuevo día que brilla en la oscuridad, una luz que las tinieblas no pueden oscurecer (Jn 1, 5). Es la luz verdadera que ilumina a todos los pueblos (Jn 1, 9). Es asombroso mirar a los ojos del único que en verdad ve la luz, y cuya mirada no es distinta de su ser.

Pero los ojos de Cristo que ven el esplendor de la luz de Dios son los mismos ojos que han visto la pequeñez del pueblo de Dios. Los mismos ojos que penetran el misterio eterno de Dios han visto también el ser más íntimo de los hombres, que están creados a imagen de Dios. Vieron a Simeón, Andrés, Santiago, Felipe, Natanael y a Leví y los llamaron discípulos. Vieron a María de Magdala, a la viuda de Naín, a los cojos, a los leprosos y a la multitud hambrienta y les ofrecieron curación y una vida nueva. Vieron la tristeza del joven rico, el miedo de los discípulos en el lago, la soledad de su propia madre al pie de la Cruz y el dolor de las mujeres ante la tumba. Vieron la higuera estéril, el templo profanado y la incredulidad de la ciudad de Jerusalén. También vieron fe: la fe de los hombres que descolgaron por el tejado a su amigo paralítico, la fe de la mujer cananea que pedía las migajas que caían de la mesa de su amo, la fe del centurión, cuyo siervo estaba pa-

mente las palabras del Salmista:

“Señor, tú me sondeas y me conoces:
me conoces cuando me siento
o me levanto,
de lejos percibes mis pensamientos,
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
¿A dónde iré lejos de tu aliento,
a dónde escaparé de tu mirada?”

(Sal 139, 1-3,7).

Estas palabras no hablan de una omnipotencia que inspira miedo, sino de un cuidado amoroso de alguien que está pendiente de nosotros en todo momento y en todo lugar. Los ojos del Jesús de Rublev no son sentimentales ni juzgan, tampoco piadosos o duros, ni dulces ni severos. Son los ojos de Dios, que nos ve en lo más escondido y que nos ama con una misericordia divina. N. A. Dyomina escribe:

“La mirada de la cara de Cristo es el rasgo más significativo en esta nueva concepción (de Rublev). La mirada está dirigida hacia los espectadores con una concentrada atención y un deseo de mirar dentro de los corazones y entenderlos. Las cejas están ligeramente levantadas, pero no dan la impresión de tensión ni de dolor: la mirada es clara y benevolente. Delante de nosotros vemos una personalidad fuerte con suficiente energía física y moral para ayudar a todo el que lo necesite”.

Y Alpatov añade: “Ante el icono del Salvador nos sentimos cara a cara con él, mirándole directamente a los ojos nos sentimos cercanos a él”.

Esta experiencia de encontrarnos cara a cara nos conduce hasta el corazón del gran misterio de la Encarnación. Podemos ver a Dios y vivir. Cuanto más fijamos nuestros ojos en los ojos de Jesús más conscientes somos de que estamos viendo los ojos de Dios. ¿Acaso hay en el corazón del hombre un deseo mayor que el de ver a Dios? con el apóstol Felipe nuestros corazones también exclaman: “Señor, déjanos ver al Padre y quedaremos satisfechos”, y el Señor contesta:

“Quien me ve a mí

El título de la Pascua 2003: “La Fuerza de AMAR”.

La aventura de relación de Dios con el hombre, es una realidad constantemente sorprendente para nosotros: nunca llegamos a comprender a Dios del todo.

Constantemente, en la vida de Jesús y en los textos del Antiguo Testamento, encontramos con frases que hacen referencia a esa historia llena de sorpresas. Los caminos de Dios no son los caminos del hombre; misteriosamente los senderos de Dios se elevan hasta cotas de realización nunca pensadas por el ser humano.

“¡... si conocieras el don de Dios...!”; “¡si tuvierais fe como un grano de mostaza!”; “¡tanto tiempo con vosotros y todavía...!”; “¿por qué dudas?”; “mete la mano en mi costado!”. El conjunto de frases de Jesús en las que insinúa esta incomprensión de los discípulos, podría ser infinito; pero ¿cuál es el mensaje que no llegan a comprender los Doce?

Quizá, el pasaje que mejor muestra el corazón de lo que Jesús viene a presentar como proyecto de vida para el hombre, está en los capítulos correspondientes al Sermón de la Montaña y del Valle del Evangelio de Mateo (cc. 5 y ss). El conjunto de Mateo, comienza con las Bienaventuranzas y va desgranando imágenes, parábolas, contrastes y leyes que hablan de un mundo nuevo construido desde el AMOR.

El problema de los discípulos, como el nuestro mismo, es que el amor que nosotros somos capaces de dar como hombres limitados que somos, es un amor con minúsculas; ¡no somos capaces de dejarnos en manos del Alfafe-ro creador de todo, para que Él nos moldee. Aquél que sea capaz de dejar que sea el Espíritu de Dios el que ensanche su corazón, será capaz de amar no con letras de pequeñas, sino con letras mayúsculas; aquél que sea capaz de fiarse de Jesús y de su mensaje, experimentará cómo el Espíritu de Dios va transformando su interior; sentirá que, su forma de amar, va pasando de ser escrita con letras minúsculas, a tener dibujarse con las letras mayúsculas del rostro mismo de Jesús; entonces nos será posible AMAR como Dios ama.

Durante la vida de Jesús los Discípulos vivieron con un “amor con minúsculas”; fue a partir de la resurrección cuando comprendieron lo que era

“AMAR” con mayúsculas; el relato del camino de Emaús presenta inigualablemente lo que significa pasar del “amar” en pequeño al “AMAR” como Dios ama. La experiencia de Jesús resucitado hizo que los Discípulos reinterpretaran toda la vida del Maestro, y la suya propia, desde otras coordenadas totalmente distintas. Desde el momento del encuentro con el Resucitado, es posible empezar a construir un Mundo Nuevo en el que la fraternidad se va abriendo paso, poco a poco, en forma de comunidad cristiana; en la que el amor ha de estar siempre escrito con las letras mayúsculas propias del AMOR de Dios.

El grupo de hombres y mujeres que seguían a Jesús se transformó, por obra y gracia de la Resurrección de Jesús, en una Comunidad cristiana; el grupo que se dedicaba a “amar” con minúscula, comenzó a vivir desde el “AMAR” con mayúsculas. Desde ese momento, el rostro de Cristo pudo empezar a estar presente, por los siglos, en medio del mundo; un rostro de Cristo que mira con inmenso amor a aquél que se acerca a Él y que le pregunta: “¿Conoces el Don de Dios?... el AMOR con el que Dios te ama?”. Cuando un hombre o una mujer le responden a Jesús diciéndole: “¡sí, pero aumenta mi fe!”, se produce el milagro que hace posible lo que antes parecía imposible; es entonces cuando empieza a notarse la fuerza absolutamente renovadora que tiene el AMOR de Dios; es entonces cuando el rostro de El Salvador empieza a ser sentido dentro y cuando se empieza a ver con los ojos de Dios, los ojos de Cristo.

El Icono de El Salvador de Zvenigorod.

Dicen que, cuando este icono pintado por Andrei Rublev a principios hacia el 1500, fue descubierto, llevaba años abandonado en un pajar; la persona que lo rescató del anonimato se sintió absolutamente fascinado por una mirada que le llegaba hasta lo más profundo de su alma: era la propia mirada de Cristo.

Los iconos de nuestros hermanos ortodoxos no son simples pinturas de temas religiosos; cada uno de estos iconos está necesariamente pintado, en un clima de larga oración y por personas que viven profundamente la fe cristiana. Un icono es una especie de oración que un santo nos ofrece para que, si somos capaces de conectar con su experiencia, nos sintamos amados por Dios. Los iconos nos verdaderas ventanas hacia la realidad de un

na. El Cristo profundamente humano de Rublev recuerda la famosa estatua de Cristo en el tímpano de la “Puerta Real” de la Catedral de Chartres. Los dos, el ruso y el maestro gótico, humanizaron a Cristo hasta tal punto que perdemos de vista el elemento abstracto propio del culto de la representación.

El Cristo de Rublev tiene “una combinación rara de elegancia y fuerza, de dulzura y firmeza que expresan el atractivo de la virtud humana por encima de todo”.

La mayoría de los iconos de Jesús, tanto griegos como rusos, inspiran gran temor debido a su expresión de severidad y austeridad. Algunos realmente dan miedo. Afirman el esplendor de la majestad de Dios de tal manera que la única respuesta apropiada parece que es postarse humildemente reconociendo la total indignidad para estar en la presencia de Dios. Pero cuando miramos al Cristo de Rublev sucede algo distinto. Parece como si Jesús bajara de su trono, tocara nuestros hombros y nos invitara a ponernos de pie y mirarle. Su cara evoca amor, no miedo. Es Emmanuel, Dios con nosotros. Dice: “Sí, soy yo en persona. Palpadme, mirad” (Lc 24, 39). Incluso nos pide comida para que sepamos que no es un fantasma, sino una persona con quien podemos hablar y comer (Lc 24, 36-43). A pesar de todo, sentimos temor, pero un temor enriquecido por la alegría, la misma alegría que llenó a los discípulos cuando reconocieron a su Señor resucitado (Lc 24, 41).

Ver los ojos que penetran tanto el corazón de Dios como el corazón de cada ser humano

Lo que finalmente hace ver al icono de Rublev desde una profunda experiencia espiritual son los ojos del Salvador. Su mirada es tan misteriosa y profunda que cualquier palabra que intente descubrirlo resulta inadecuada. Mientras que los ojos de Nuestra Señora de Vladimir miran más allá para conducirnos al misterio de su propia contemplación, el Cristo de Rublev nos mira directamente a nosotros y nos conforta con sus ojos penetrantes. Son grandes, abiertos, acentuados por las cejas y unas ojeras profundas. No son severos, ni juzgan, pero ven todo lo que existe.

Forman el centro verdadero del icono hasta tal punto que se podría decir: “Jesús es todo ojos”. Su mirada penetrante me trae a la

y gratitud ante tanto amor.

Aunque el icono de Rublev es de una belleza original que no se puede comparar con ningún otro, está profundamente enraizada en una vieja forma de pintar la cara de Cristo. El icono de Rublev es tan tradicional como original. El pelo de Cristo, la frente grande, los ojos alargados y abiertos, la nariz larga, la boca pequeña y con bigote, la barba redondeada, la cara alargada y el cuello grueso no están pintados siguiendo un modelo humano, ni son tampoco el resultado de la invención propia de Rublev. Pintó al Salvador en -santa- obediencia a una forma de pintar prescrita y transmitida por los iconógrafos griegos y rusos de generación en generación.

Los colores son de una belleza inenarrable. Varios historiadores de arte han intentado describirlos. M. Alpatov escribe:

“Hay una resonancia de colores, una armonía de los tonos azules, fríos, con el rosa suave y el oro... Apenas destacados como en las pinturas de un fresco, los colores se distinguen por su gran viveza. Armonizan con la dulzura reflejada en su cara”.

Y V. N. Lazarev añade:

“La incomparable belleza de los colores fríos y luminosos del icono retiene al espectador subyugado. El azul celeste, el rosa, el azul, el violeta apagado y los tonos rojos están tan perfectamente mezclados con el color oro del fondo que con frecuencia despiertan asociaciones musicales. Rublev usó el color como un medio para revelar las cualidades espirituales”.

El color que más llama la atención es el azul del manto que cubre los hombros del Salvador. En muchos iconos griegos y rusos, Cristo está pintado con una túnica roja cubierta con un manto azul, mientras que la Virgen está pintada con un velo rojo sobre una túnica azul. El rojo es el color de lo divino, el azul el de lo humano. Cristo, la Palabra divina, está revestida por Dios de la humanidad. La Virgen, criatura humana, está protegida por la divinidad del Espíritu.

Rublev sigue este esquema de colores, pero su azul es más puro y más brillante que el de cualquiera de las imágenes de Cristo que conozco. Desde luego, parece que Rublev quiso acentuar la humanidad de Cristo más que sus antecesores. El brillo del azul del manto nos hace ver con más claridad el rostro humano de Dios. Está dotado de “un atractivo irresistible, de una mansedumbre en la que no hay trazos de la severidad bizanti-

Dios que quiere habitar en nuestras vidas.

El Icono de Cristo Salvador de Rublev es llamado en Rusia “El Constructor de la Paz”. Este icono, del que sólo queda visible la sexta parte del original, ha sido testigo de guerras, refriegas y odios fraternos del Pueblo Ruso; pero la presencia del rostro con la mirada que todo lo llena, en el centro de una tabla descarnada, parece que quiere ser testigo del empeño que Dios tiene de permanecer en medio de un mundo desgarrado por la guerra y el desamor.

Este icono es como una parábola del continuo empeño de Dios por estar en medio de nosotros haciendo posible lo aparentemente imposible; es signo, para aquél que lo quiera mirar, de un Jesús que quiere transformar nuestro pequeño amor con minúsculas, en el AMOR con mayúsculas que todo lo puede.

Cristo Salvador nos mira a cada uno, a nuestras comunidades, a nuestro mundo,... y, a todo “el que se deja”, le pregunta: “¿conoces el don de Dios?”; y en aquél que le contesta: “¡creo, Señor, pero aumenta mi fe!”, es capaz de hacer brotar los ríos de agua viva de la esperanza, de la confianza, de los horizontes sin límites... del AMOR de Dios.

La Fiesta del AMOR de Dios en la Primavera.

Además del concreto icono de este año, cada Semana Santa se nos presenta una parábola viva de lo que es la Pascua: la primavera. La celebración de la resurrección en la primera luna de la nueva primavera, no es una coincidencia.

En la experiencia de invierno hemos de ver nosotros la experiencia de frío y de oscuridad que tantas veces, cada uno de nosotros y nuestras propias comunidades, vivimos. Llamados a ser presencia del rostro de Dios en medio del mundo, muchas veces tenemos más bien la experiencia de vivir en un frío invierno en donde nada puede nacer. Ver que todo renace, si sabemos verlo, es también un signo, una parábola, con la que año tras año Jesús nos habla de la fuerza de la Resurrección, de la fuerza del AMOR de Dios.

nación a destruir lo que ha sido hecho con tanta belleza. Parece expresar una queja: "Si sólo reconocierais... el camino de la paz" (Lc 19,42), siendo al mismo tiempo una invitación:

"Acercaos a mí todos los que estáis
rendidos y abrumados,
que yo os daré respiro.
Cargad con mi yugo
y aprended de mí,
que soy sencillo y humilde"(Mt 11, 28)

Ver el rostro humano más compasivo

A medida que me hice familiar con el Cristo de Rublev, la imagen del Salvador empezó a dominar sus alrededores ruinosos. Lo que había sido destruido gradualmente ocupaba mi mente cada vez menos que lo que se veía: la figura espléndida de Jesús, pintada con una belleza gentil y al mismo tiempo severa que en ninguna parte de la tierra había visto.

Una de las cualidades más sobresalientes de este icono de Cristo es que el iconógrafo ha pintado un suave movimiento. Los hombres y la parte superior del pecho están pintados en ángulo, mientras que la cara, los ojos, la nariz y los labios nos están mirando de frente. De esta manera vemos a Jesús que se vuelve hacia nosotros. Cuanto más tiempo oremos delante de este icono con más profundidad nos daremos cuenta de este movimiento. Parece como si Jesús estuviera marchando y de repente se diera cuenta de que estamos nosotros, se volviera y nos mirara fijamente a la cara.

Recuerdo el encuentro entre Jesús y Pedro después de las negaciones: "El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de lo que el Señor le había dicho" (Lc 22,61). Como Pedro, necesitamos que nos recuerden la seguridad que tenemos en nosotros mismos cuando hacemos una promesa, nuestros fallos para mantenerla, nuestra falta de fe y nuestra debilidad cuando estamos solos. Pero como a Pedro, también se nos recuerda el amor que no nos abandona, la compasión que no tiene límite y el perdón que se nos ofrece una y otra vez. Cuando Pedro sintió que los ojos de Jesús penetraban su ser más íntimo, inmediatamente vio su debilidad y el amor de Jesús, "salió fuera y lloró amargamente" (Lc 22, 62). Al mirar al Salvador de Rublev entendemos mejor las lágrimas de Pedro. Las sentimos en nosotros mismos. Son lágrimas de arrepentimiento

cuelgan rayas oscuras, y el manto que cubre los hombros y la túnica está estropeada por muchas partes. La parte baja de la izquierda está totalmente sin color.

Cuando vi el icono por primera vez, tuve la sensación inconfundible de que la cara de Cristo aparece en medio de un gran caos. Una cara triste y al mismo tiempo preciosa nos mira a través de las ruinas de nuestro mundo. Quizá sea esta la razón por la que la cara me ha sobrecogido durante tanto tiempo. ¿Expresa una queja, una represión, o simplemente una pregunta: “¿Qué habéis hecho con la obra de mis manos?”

Este icono tan destrozado fue encontrado en un granero en 1918 cerca de la catedral de la Asunción de Zvenigorod. Los iconos del Arcángel San Miguel y de San Pablo también se encontraron allí. Los historiadores del arte ruso y el pintor Vladimir Desyatnikov nos cuentan cómo fue el hallazgo:

“Lo encontró por casualidad el restaurador Vasili Kirikov. Al volver uno de los tramos de la escalera que conducía al granero, exclamó asombrado ante lo que estaba viendo. Mirándole fijamente estaba la cara del Salvador pintada por Andrew Rublev... Hasta hoy, el Salvador encontrado en Zvenigorod es llamado “Constructor de paz” en el arte ruso. Es difícil encontrar un epíteto mejor al Salvador que durante casi seis siglos, con su semblante ruso y sus ojos amables e inteligentes que expresan un pensamiento profundo, ha estado contemplando a las generaciones”.

Cuando miro el alargado panel de madera sobre el que sólo queda la cara de Cristo, me imagino muy bien con qué profundidad Vasili Kirikov se tuvo que sentir movido cuando vio por primera vez la cara de Cristo mirándole en el granero. A mi, esta cara me expresa la profundidad de la compasión inmensa de Dios en medio de nuestro mundo, donde la violencia aumenta cada día. A través de siglos de destrucción y guerra, la cara de la Palabra encarnada ha hablado de la misericordia de Dios, recordándonos la imagen según la cual fuimos creados y llamándonos a la conversión. Es, desde luego, la cara del “Constructor de paz”.

La historia de este icono, una historia de pérdidas y reencuentros, contiene tanto una llamada de atención como una promesa. Cristo nos avisa de nuestra propia destrucción, mientras que nos expresa al mismo tiempo que el amor de Dios es más fuerte, mucho más fuerte que nuestra incli-

**Icono del Sanvador de Zvenigorod.
Andrei Rublev**

VER A CRISTO

HENRI J. M. NOUWEN.
La belleza del Señor. Rezar con los Iconos.
Madrid: 1988.
Ed. Narcea

Introducción

Ver a Cristo es ver a Dios y a toda la humanidad. Este misterio ha despertado en mí un deseo ardiente de ver la cara de Jesús. Incontables imágenes a lo largo de siglos han plasmado la cara de Jesús. Algunas me han ayudado a ver este rostro; otras no. Cuando vi el icono de Cristo de Andrew Rublev, vi lo que antes jamás había visto, y sentí lo que jamás había sentido. Me di cuenta inmediatamente de que mis ojos habían sido bendecidos de una manera especial.

Andrew Rublev pintó este icono de Cristo al comienzo del siglo XV como parte del tríptico hecho para una iglesia de la ciudad rusa de Zvenigorod. A partir de entonces, con frecuencia, a este icono se le conoce como el “Salvador e Zvenigorod”. Del original, sólo quedan tres paneles: los que hacen referencia al Arcángel San Miguel, al Apóstol San Pablo y a Cristo el Salvador. Este último panel me ha acercado más que ningún otro trabajo de arte a “ver a Cristo”. Esta es la razón por la que desde hace mucho tiempo siento gran deseo de escribir sobre este icono.

Ver al Cristo de Rublev es un acontecimiento que lleva mucho tiempo y requiere una atención orante cada vez mayor. Incluso después de muchos meses de mirar al Salvador de Zvenigorod, aún no puedo decir que lo haya visto del todo. Da la sensación de que cuanto más tiempo contemplo el icono más se me revela, enseñándome siempre algo nuevo. He visto en este icono una imagen dañada, la cara humana más afectuosa y unos ojos que penetran tanto el corazón de Dios como el corazón de cada hombre. En esta meditación, describiré los distintos niveles de verlo, mientras reconozco que sigo cegado en la presencia de este rostro divino.

Ver una imagen estropeada

Lo primero que me impresionó del icono del Salvador de Rublev fue que estaba muy estropeado. La cara de Cristo es lo único que queda en el panel central, en el que en su tiempo estuvieron las caras de la Virgen María y de San Juan Bautista. Antes de que fuera capaz de ver claramente la belleza de la cara del Salvador y sus ojos penetrantes, estuve muy preocupado con el hecho de que la cara estuviese tan estropeada. Gran parte del pelo y pequeñas partes de la frente son invisibles y la pintura de la barbilla, el cuello y el pecho está agrietada. Del borde más bajo de la túnica